

**MARÍA VICTORIA FERNÁNDEZ CASO
RAQUEL GUREVICH**

(coordinadoras)

Jorge Blanco • Silvia L. Bocero

Pablo Ciccolella • María Victoria Fernández Caso

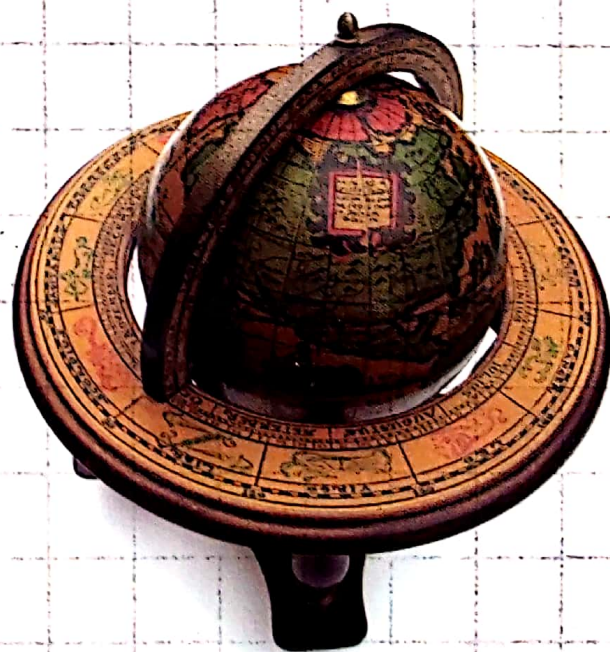
Raquel Gurevich • Claudia E. Natenzon

Silvina Quintero • Carlos Reboratti

G E O G R A F Í A

Nuevos temas, nuevas preguntas

Un temario para su enseñanza



Editorial Biblos
Claves para la Formación Docente

- PÍREZ, P. (1995), "Actores sociales y gestión de la ciudadanía", *Ciudades*, N° 28, México, RNIU.
- PUMAIN, D. y Th. SAINT JULIEN (2004), *L'Analyse spatiale*, París, Armand Colin.
- RAFFESTIN, C. (1993), *Por uma Geografia do Poder*, São Paulo, Atica.
- SANTOS, M. (1990), *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1996), *A Natureza do Espaço. Técnica e Tempo, Razão e Emoção*, São Paulo, Hucitec.
- y M.L. SILVEIRA (2004), *O Brasil. Território e Sociedade no início do século XXI*, Río de Janeiro, Record.
- SILVEIRA, M.L. (2003), "Por una epistemología geográfica", en R. Bertoncello y A. Carlos (comps.), *Procesos territoriales en Argentina y Brasil*, Instituto de Geografía-Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SMITH, N. y Ph. O'KEEFE (1996), "Geography, Marx and the Concept of Nature", en J. Agnew, D. Livingstone y A. Rogers (eds.), *Human Geography. An Essential Anthology*, Oxford, Blackwell.
- SOJA, E. (1985), "The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Rethorisation", en D. Gregory y J. Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Londres, Macmillan.
- (1993), *Geografías Pós-Modernas. A reafirmação do espaço na teoria social crítica* (1990), Río de Janeiro, Jorge Zahar.
- TRINCA, D. (1994), "Espacio, técnica y geografía", ponencia en Jornadas Platenses de Geografía, Universidad Nacional de La Plata.
- UMWIN, T. (1995), *El lugar de la geografía* (1992), Madrid, Cátedra.
- VASCONCELLOS, E. (1996), *Transporte urbano, espaço e equidade*, São Paulo, FAPESP.
- VELTZ, P. (1999), *Mundialización, ciudades y territorios* (1996), Barcelona, Ariel.

La dimensión ambiental del territorio en América Latina: aportes para su discusión

Silvia L. Bocero y Claudia E. Natenzon

Introducción

La cuestión ambiental y de los recursos naturales, como problemática, ha avanzado por pulsos. En momentos críticos se coloca en el centro de la discusión pública, para luego desaparecer opacada por otros problemas y otras urgencias. Pero aunque desaparezca en el debate, ella siempre está presente en la realidad latinoamericana pues atañe a los modos de vida, a la cobertura o no de las necesidades de sus gentes y a la generación de inmensas riquezas que quedan, generalmente, en pocas manos.

Éste es un trabajo exploratorio, construido sobre la base de información secundaria. No pretende ser una revisión completa y exhaustiva pero sí una aproximación; en ese sentido, recoge experiencias de trabajo previas que permiten buscar un camino de comprensión no ingenuo.

En principio se plantean algunos lineamientos teóricos para la discusión. Luego se recorren distintos criterios y metodologías que se han dirigido a describir la base material de América Latina y las problemáticas ambientales emergentes, poniendo el énfasis sobre los problemas de gestión en un apartado particular. Finalmente, se perfila un temario para el debate que podría configurar la base para un programa de investigaciones en la materia.

La discusión sobre la problemática ambiental

La naturaleza es la totalidad de lo que existe y el hombre —que es parte de ella— la transforma y, al mismo tiempo, se modifica a sí mismo transformando así su propia naturaleza. "El animal humano es el único que, más allá de vivir, debe volver posible la propia vida. Por un lado, esto es correlato de su contexto ambiental; por el otro, él mismo reformula siem-

pre de nuevo la relación con este contexto. Es un animal *naturalmente artificial*. [...] la praxis humana es siempre aplicada a las mismas condiciones que vuelven humana a la praxis" (Virno, 2006: 14). Los seres humanos organizados en sociedad son el producto de la evolución de la vida sobre la tierra. La sociedad, en consecuencia, no es algo extraño o antagónico. La evolución cultural –particularmente, el lenguaje– es la característica distintiva de la humanidad, por encima de la evolución biológica; ambas coexisten e interactúan en el tiempo.

La naturaleza es sociedad, en tanto la primera es aprehendida necesariamente a través del pensamiento humano. La interpretación de las leyes de la naturaleza son modelos creados por el hombre en su continuo intento de conocer para transformar. Estos modelos son históricos y por ello cambiantes. (Galafassi, 2002: 30)

Cada sociedad históricamente ha tomado un ambiente para su desarrollo, como ámbito del cual extraer recursos y como lugar donde construir su propio hábitat. Las fuerzas de la sociedad que organizan y dan sentido a estos procesos materiales se encuentran en relaciones y procesos inmateriales: históricos, económicos, culturales. Los procesos centrales por los que un ambiente es utilizado por las sociedades actuales son el de apropiación: quién es el dueño, el propietario; y el de valorización: cómo se transforman los recursos (Bocero y Natenzon, 2000).

Las necesidades del hombre actual se definen en el contexto de su vida en sociedad. Estas necesidades son cubiertas con productos elaborados con determinados recursos naturales y tecnológicos, a través del proceso de trabajo. El conjunto de elementos del ambiente que potencialmente pueden ser transformados por el trabajo social en productos para satisfacer las necesidades humanas ha sido denominado "recursos naturales". En este sentido:

Un objeto material sólo se convierte en "recurso" cuando contribuye o es útil a la producción cuya finalidad es el sustento de nuestra existencia como seres sociales. El que un objeto de la naturaleza sea percibido o no como un recurso por un grupo social no depende de sus características, sino del "valor" que a ese objeto se le asigne en cuanto a su mayor o menor capacidad para la reproducción de la base material de existencia de dicha sociedad. Esta "manera" de visualizar las cosas entra en contradicción con la que sostiene que los recursos naturales son objetos ajenos a la sociedad; es decir, la que les otorga la cualidad de ser recursos *per se*. (Trinca, 1989: 309)

Lo central para que un elemento de la naturaleza sea considerado "recurso natural" es la potencialidad que se le descubre para satisfacer necesidades sociales. Su extracción para transformarlo en materia prima (por ejemplo, acero a partir del hierro), en producto final (por ejemplo, un vestido a partir de algodón, o distintas fibras naturales para hilar) o en auxiliares de la producción (por ejemplo, energía de origen hídrico o térmico) implica aprovechar e intervenir en las relaciones ecosistémicas produciendo cambios que pueden ser transitorios o definitivos, algunos de los cuales se encuentran en el origen de varios problemas denominados "ambientales".

Siguiendo a Enrique Leff (1994), los problemas ambientales –la deforestación, la erosión de los suelos, la contaminación, entre otros– son datos observables de la realidad, pero las explicaciones causales de estos procesos dependen de una estrategia conceptual que lleva a la reconsideración de valores, conocimientos y paradigmas científicos. El ambiente se visualiza así como una categoría social (y no biológica) relativa a una racionalidad social, configurada por un sistema de valores, saberes y comportamientos.

Frente a la cuestión ambiental planteada en estos términos es necesario partir de un proceso reflexivo para tratar de entender cuál es el universo de análisis que vamos a definir, a los efectos de comprender los presupuestos que conllevan los distintos métodos y cuál es el bagaje conceptual que nos permite acercarnos a esta problemática, poniendo en discusión el significado de categorías de análisis centrales, como la relación sociedad-naturaleza. Pueden identificarse tres posturas presentes en la comunidad científica que se dedica a la problemática ambiental y que requieren de una discusión de tipo ético en el campo epistemológico (Moraes, 1994).

Una primera postura es el *naturalismo*, que considera la problemática ambiental desde una perspectiva que pierde totalmente su dimensión social; se trata de aquellos análisis que ven al hombre sólo como un factor de alteración del equilibrio ecológico, como una variable más en el conjunto de los factores básicamente naturales, sin considerar el proceso de mediación de las relaciones sociales. En la actualidad se observa un cierto renacimiento de ópticas naturalistas bajo la forma de falaces visiones holísticas de reivindicaciones ecologistas.

Una segunda postura es el *tecnicismo*. Aquí se configura un punto de vista que diluye las implicancias políticas que conllevan las soluciones técnicas. Se construye un discurso tecnocrático (aparentemente neutral) que pretende posicionarse por encima de los conflictos sociales y ambientales.

Por último, el *romanticismo*, caracterizado por una excesiva politización, muchas veces con fundamentos débiles e inadecuados. El preserva-

cionismo radical y el ecologismo profundo dan cuenta de esta visión al ponderar la naturaleza como un valor superior al hombre.

Al exponer estas posturas no se habla solamente de ideas y conceptos, sino fundamentalmente de su trascendencia y aplicación en proyectos específicos, que se concretan en organismos públicos y son recreados en las políticas vinculadas a la temática ambiental.

A partir de las consideraciones precedentes la problemática ambiental, entonces, debe ser visualizada como la expresión material y contradictoria de la conducta de sujetos sociales concretos. Para entender esta afirmación es necesario señalar que no es posible abordar estas manifestaciones contradictorias desde perspectivas unilaterales y ahistóricas (aquellas que plantean los problemas como transgresiones de la legalidad natural por parte de una sociedad indiferenciada) y sin estudiar a los sujetos sociales en cada sociedad específica. Como plantea Pedro Tsakoumagkos (2003: 150):

Es necesaria la caracterización de los problemas ambientales desde la perspectiva de sus datos naturales y sociales permanentes, pero su explicación causal requiere de estudios sociales específicos que aporten sus datos *más circunstanciales y menos permanentes*, dado que es propio de estos problemas el hecho de ser una expresión material concreta de la conducta de sujetos sociales concretos.

Los problemas ambientales que surgen por el modo de producción actual muestran que las razones de la "no sostenibilidad"¹ deben buscarse más en los intereses de los sujetos sociales involucrados y la naturaleza de la propia dinámica social que en el funcionamiento de la propia naturaleza. Estas observaciones plantean la discusión no resuelta del desarrollo sostenible. En este sentido han sido numerosos los intentos por definir más concretamente la sostenibilidad, aunque todos estos debates han demostrado la imposibilidad de dar una definición universal.² Políticos, economistas y organismos internacionales han utilizado y utilizan este término con las contradicciones y la imprecisión que conlleva.

Desde una perspectiva estrictamente ecológica Nicolo Gligo (1995) define la sostenibilidad como la capacidad de un sistema de mantener cons-

1. En el presente trabajo se utilizan indistintamente los términos 'sostenibilidad' y 'sustentabilidad'.

2. Estas ideas están bastante documentadas por Dixon y Fallon (1991); Altieri (1994), Altieri y Masera (1993), Sevilla Guzmán (1997), Masera, Astier y López Ridaura (1999); Guzmán Casado, González de Molina y Sevilla Guzmán (2000), entre otros, en la discusión sobre la agroecología planteada a fines de la década del 80 y durante la del 90. También Reboratti (1999) desde la geografía recupera y analiza esta cuestión.

tante su estado en el tiempo, constancia que se logra sea conservando invariables los parámetros de volumen, tasas de cambio y circulación, como fluctuándolos de modo cíclico en torno de valores promedio. También advierte que es necesario pasar de la definición de sustentabilidad ecológica a la de sustentabilidad ambiental, lo que significa incorporar por completo la problemática de la relación sociedad-naturaleza.

La definición propuesta por el Informe Brundtland³ señala: "El desarrollo sostenible (*sustainable development*) es el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades". Este enunciado parece tener una aceptación universal, pero en realidad se conjugan en él varias interpretaciones, algunas de ellas incompatibles entre sí. Es que esta noción plantea una serie de interrogantes, que incluyen problemas éticos y políticos, a saber:

¿Cuáles son las necesidades? ¿Cómo distinguir entre necesidades básicas –las necesidades esenciales de los pobres–, necesidades no básicas y deseos socialmente legítimos?

¿Qué necesidades y deseos legítimos han de satisfacerse, y de acuerdo con qué criterio discriminador?

¿Qué hacer cuando distintos objetivos ecológicos colisionan entre sí, o lo hacen con objetivos sociales, o de otro tipo? ¿Según qué criterio decidiremos? [...]

¿Cuántas generaciones futuras hemos de considerar, y de qué tamaño, cuando nos comprometemos con la perspectiva de solidaridad diacrónica que implica el desarrollo sostenible? (Riechmann, 1995: 15)

Asimismo, se ha señalado que estamos en presencia de un empobrecimiento del debate. "Si antes el concepto de desarrollo incluía una identidad de contrarios⁴ que garantizaría, aunque en el futuro, una cierta igualdad, por lo menos de oportunidades, en el concepto de desarrollo sustentable esa idea se transfiere hacia otro futuro, ya no de igualdad, sino con la promesa de que las generaciones futuras no se vean simplemente impedidas de vivir, puesto que ese concepto propugna hoy por una utilización «más racional» de los recursos naturales, de forma que no se agoten y así permitir la vida futura en el planeta" (Porto Gonçalves, 2001: 73). Es decir que en realidad la noción no cuestiona ni dice nada acerca de cuáles

3. Se trata del Informe Nuestro Futuro Común de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo –habitualmente llamado Informe Brundtland– de 1987.

4. Par desarrollo/subdesarrollo. En otros marcos teóricos: centro/periferia, países imperialistas/países dependientes.

serían las instituciones y estructuras sociales y económicas que serían "sostenibles".

Pensar en términos de sostenibilidad supone considerar principios ético-normativos que incluyan características necesarias junto a otras que son deseables. Una concepción que se centre verdaderamente en el desarrollo definirá su sostenibilidad sobre la base de las necesidades de la sociedad, y no en la sostenibilidad del ambiente en sí mismo. En realidad se trata de un concepto esencialmente dinámico que necesariamente parte de un sistema de valores.

La posibilidad de llevar a la práctica una estrategia de sostenibilidad implicará entender e incorporar la pluralidad de preferencias, prioridades y percepciones en el mantenimiento de una serie de objetivos deseados a lo largo del tiempo. La especificidad y la concreción de la estrategia deben determinarse localmente, mediante una articulación adecuada entre las diferentes escalas de análisis. En este sentido, estamos frente a un proceso que debe ser considerado de acuerdo con el contexto social de análisis y de implementación de alternativas. Precisamente si consideramos el contexto social y económico, y las necesidades de la sociedad, quedan aún una serie de interrogantes pendientes, quizá los más importantes a la hora de llevar adelante una estrategia de desarrollo sustentable:

¿Sustentabilidad para quién? ¿Quién la llevará a cabo? y ¿cómo?

En definitiva, quién decide —esto es, a través de qué proceso sociopolítico—, quién lleva a la práctica el concepto y de qué manera. (Matera, Astier y López-Ridaura, 1999: 14)

Luego de estas consideraciones de índole conceptual, a continuación se propone un recorrido por algunas de las distintas aproximaciones llevadas a cabo en las últimas décadas para conocer la base material del continente.

El conocimiento de la base material y la clasificación del territorio

La necesidad de producir conocimientos sobre la base material del continente ha tenido en distintas clasificaciones territoriales un fuerte sustento. Por cambios tanto de la propia ciencia como de los intereses sociales de diferentes actores, estas propuestas clasificatorias presentan gran variedad según sean las referencias institucionales y contextuales en cada momento histórico de producción. Aquí se seleccionan algunas de las más utilizadas, en un orden de complejidad creciente, como detallaremos más adelante: regional, sistémica, de orden global e histórico-evolutiva.

Regionalizaciones

La *concepción regional*, de larga tradición en geografía, es utilizada aún hoy por múltiples disciplinas —explícita o implícitamente— para señalar diferencias sobre la superficie terrestre:

El concepto de región está ligado a la noción fundamental de diferenciación de áreas, es decir, a la aceptación de la idea de que la superficie de la Tierra está constituida por áreas diferentes entre sí. (Corrêa, 1986: 22)

Una línea de trabajo establece unidades territoriales por aplicación de algún criterio simple y preestablecido de clasificación de áreas tales como regiones climáticas, unidades geológicas-geomorfológicas, cuencas hídricas superficiales o de aguas subterráneas y unidades edafológicas. A medida que los sistemas de captación de datos se hacen más sofisticados y precisos, van apareciendo formulaciones y reformulaciones que dan cuenta de este mayor caudal informativo. A la vez, tales datos son revisados por el avance de los marcos teórico-metodológicos disciplinarios. Este proceso (mayor caudal informativo, cambios en las teorías y los métodos) va dando como resultado una mayor dificultad en establecer clasificaciones de áreas a escalas continentales, lo que en las propuestas más simples era posible.

Algunos ejemplos importantes han sido producidos por organizaciones internacionales en las décadas de 1970 y 1980, al impulso de la tecnología de sensores remotos, como las de Unesco para zonas áridas y desertificación o para la confección de la carta mundial de vegetación, FAO para vegetación forestal y suelos, y CEPAL-PNUMA para cuencas hidrográficas. Éste es un tipo de aproximación que puede encontrarse aún en propuestas actuales.

Otra línea de trabajo establece regiones a partir de criterios ya más complejos, también llamados "de integración". Los ecosistemas, las ecoregiones, los biomas, entran en este grupo. Todos ellos reconocen como antecedente a las tradicionales regiones biogeográficas establecidas por composición florística o dominancia. Actualmente estas propuestas buscan atender a la problemática de la biodiversidad, su conocimiento y conservación *in situ*.

Un ejemplo de relevancia para América Latina es el trabajo de Ángel Cabrera y Abraham Willink realizado para la OEA en 1973, citado luego profusamente. Allí se define un área biogeográfica específica como el conjunto de localidades que ocupa una entidad biológica determinada y que es pasible de ser representada gráficamente, indicando en los mapas puntos